

# El ejercicio de la medicina

Por el Dr. SALVADOR ZUBIRAN

*Un sabio clínico francés del siglo pasado, el Profesor Trousseau, asentaba con una gran convicción que debía renunciar a nuestra profesión aquel que no sintiera por ella, desde la iniciación de sus estudios en la escuela, una atracción casi irresistible. Parece extraño a los ojos del mundo, decía, escuchar a los médicos hablar del encanto que acompaña el estudio de nuestro arte; y sin embargo, ni las letras, ni la pintura, ni la música, dan goces más vivos que el de La Medicina.*

*El apasionante estudio de nuestra ciencia y el ejercicio de la profesión llevan implícita una grave responsabilidad, que debe sentir muy de cerca quien se entrega con sinceridad a la práctica de la Medicina, a la que se debe, en cambio, renunciar, cuando no se es capaz de soportar el fuerte peso de esa responsabilidad. Tiene el médico muy serios deberes que cumplir ante la sociedad y ante el enfermo que se encomienda a su cuidado. Debe poner a su servicio, con toda integridad, el máximo de su capacidad, sin medida de tiempo ni omisión de sacrificio, y desarrollar el mayor esfuerzo para conservar y a veces devolver, la salud perdida, entendiendo por salud, no la ausencia de enfermedades o afecciones, sino el disfrute pleno de un bienestar físico, mental y social, tal como se ha expresado en otras ocasiones.*

*Debe por tanto, el médico, no limitar su acción a aplicar los conocimientos técnicos que ha adquirido para prescribir una droga o realizar una intervención quirúrgica, sino hurgar en las complejas situaciones de la mente y aún proyectarse sobre el ambiente familiar y social de quien, por una razón o por otra, ha perdido la salud. Ha de tener, pues, la adecuada preparación para ello, no solo con el acervo de conocimientos técnicos y especializados que la ciencia médica encierra, los que, claro está, debe conocer a fondo y manejar con destreza, sino también tener una preparación cultural que le permita percibir con claridad los fenómenos sociales, los del ambiente familiar y los del alma del sujeto a quien atiende. Debe estar en un plano superior de aquel a quien sirve, ya que muchas veces actúa como consejero o como guía, y su actuación puede ser factor determinante para cambiar la ruta, La actividad o las ideas de un enfermo.*

*Debe, además, el médico, tener una sólida constitución moral, y esto es fundamental. En su vida misma, en su criterio o en sus juicios, y en su actuación profesional, deben encontrarse siempre sólidas bases de la más estricta moral. Sólo así podrá servir a la sociedad y cumplir su misión, teniendo en cuenta, ante todo, que el enfermo es un ser humano, es una persona rodeada de complicadas situaciones sociales y de ambiente; que se encuentra bajo la influencia de delicados estados espirituales de tensión y angustia, los cuales indudablemente intervienen, cualquiera que sea de padecimiento que le aqueje. Debe, por tanto, fijar en su mente, claramente, que su preparación para actuar con eficiencia y para cumplir con la pesada responsabilidad que ha adquirido, requiere, según ha dicho Osler, que su educación no sea solamente la que adquirió en la escuela o la que le da la enseñanza de la medicina, sino la que fundamentalmente le da la vida.*

*Difiere el papel del médico del del técnico, en que este último sólo necesita para ser eficiente, el dominio de los conocimientos necesarios para ejecutar bien sus funciones. El que maneja una máquina, el que resuelve el problema de física o de matemáticas, no necesita forzosamente, para que su papel sea brillante, apoyarse en otros aspectos de la cultura, como la filosofía, la historia, la literatura o el arte, que el médico sí necesita para lograr que su consejo sea valioso y, además, para que sea expresado en el lenguaje adecuado.*

*Para ser médico, dice Albright, es preciso tener un buen intelecto, aún cuando no necesariamente el mejor de los intelectos.*

*Holmes cataloga a los hombres según las cualidades de su mente y los valores de su inteligencia, en tres categorías: los de un sólo piso, que solamente recogen y coleccionan datos; los de dos pisos, que son capaces de compararlos, razonarlos y generalizarlos; y los de tres pisos, aquellos que idealizan, que imaginan, que son capaces de predecir, que se proyectan en el espacio, y que reciben la luz de las estrellas.*

*Por la grave responsabilidad de sus actos y por la nobleza de su misión ante el enfermo y la sociedad, convendría que el médico fuera siempre de estos últimos; pero al menos, debería ser de los segundos.*

*Es necesario tomar en consideración que para tener un intelecto superior, que imagine e idealice, es preciso haber nacido con él; pero, por otra parte, hay que convencerse de que la cultura puede fácilmente construir en nuestra mente un segundo piso y quizá, hasta un tercero; de donde se desprende que médico no debe reducir su esfuerzo a adquirir con maestría la técnica para el manejo de sus enfermos, sino adquirir una cultura, mientras más amplia y profunda mejor. Más sabia será entonces su actuación, más fundado su consejo, y más benéfico para el enfermo y la sociedad su esfuerzo. Esto conduce, asimismo, al discutido tema de la especialización en medicina.*

*La creciente amplitud de la ciencia médica hace, en la actualidad, casi imposible abarcar todos sus aspectos, y sin embargo, el médico, para serlo verdaderamente, no debe reducir su actuación a un territorio limitado de organismo humano, y debe conceptuar al hombre como un todo infraccionable. Está bien que se adquiriera una especialidad en la que los conocimientos sean más profundos; está bien que en esa rama se tenga mayor capacidad, pero no a costa de despreciar el resto de las actividades médicas, ni de mostrar indiferencia para ellas.*

*He acostumbrado comparar el ejercicio de la medicina a una pirámide que reposa sobre una amplia base, que es toda la medicina, cuyos perfiles, al ascender estrechando sus límites, convergen hasta reunirse en agudo vértice, que es el conocimiento especializado más limitado y completo. Sólo puede alcanzarse esta última meta si se ha partido de esa simple base; si muy paulatinamente se ha reducido la esfera de acción; si se ha sido médico antes que especialista; sólo así esa pirámide reposará sólidamente, pero trátese de invertirla, preténdase mantenerla firme apoyada exclusivamente en el vértice: no será esto posible, o caerá, o necesitará puntales de otros tantos especialistas para mantenerla erguida.*

*Dice un escritor inglés: "A good doctor should be a jack-of-all-trades and master of one".*

*La especialización excesiva estrecha el criterio y el médico deja de ser médico, para convertirse en técnico, y claro, puede uno convertirse en técnico si lo desea, pero sabiendo de antemano que renuncia a ser médico.*

*Estas ideas y esta manera de pensar son las que hemos adoptado como norma en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición, que es una escuela de médicos y una escuela de hombres. A su paso por la Institución, los jóvenes médicos reciben no sólo las enseñanzas de la medicina que el Hospital ha acumulado con los años y que pone a su servicio depuradas y fácilmente aprovechables. En esa escuela de hombres que es el Hospital, aprenden a reconocer sus propias debilidades y deficiencias, a establecer lazos de afecto siempre útiles; aprenden igualmente a armonizar su propia capacidad con la de los demás en provecho de una meta común, la salud de nuestros enfermos: prestan sus servicios en amigable compañerismo, sin esperar forzosamente el reconocimiento a su personal intervención; se trueca la suficiencia individual por la actitud colectiva más valiosa y eficiente; somos todos, en el Hospital, parte de un organismo que en sí y por el conjunto de sus hombres, es más valioso que individualmente cualquiera de ellos.*

*Dentro de esas enseñanzas, el joven médico aprende a grabar en su mente todo el conjunto de principios fundamentales de lo que debe hacer y lo que no debe hacer en el ejercicio de su profesión, desde los inmortales preceptos de Hipócrates, contenidos en su juramento, hasta los más delicados detalles de la técnica; y se encuentran de esta manera, como dice Albright, frente al castillo del éxito, cuyas puertas sólo pueden abrirse con una llave, la de la propia personalidad, que en nuestra profesión se impone más que en ninguna otra actividad y con más vigor que en cualquiera otra ciencia.*

*Estos preceptos e ideas, si se mantienen presentes en la mente, permiten huir de las deficiencias que Asher llama los Siete Pecados de la Medicina, y que según él son- la vaguedad en los conceptos; la crueldad; las maneras y conducta inadecuadas para con el enfermo y sus familiares; la superespecialización; la espanofilia, o sea la tendencia a buscar lo raro y desconocido; la falta de sentido común para discernir; y por último, quizá el más importante pecado, la pereza. Pereza en la acción y pereza en el pensamiento.*

*Ni esos siete pecados capitales, ni muchos otros que solemos cometer, guiados por la vanidad o por el orgullo, o por mal herido amor propio, deben impedir al médico el desempeño de su máximo esfuerzo, puesto al servicio de quien le ha confiado ciegamente su salud.*

*De esta manera, el ejercicio profesional dará siempre gratas satisfacciones y valiosas enseñanzas, para que al final, después de muchos años de vivir dentro de nuestra ciencia, puede decirse como dije yo cuando cumplí mis veinticinco años de vida profesional: Si volviera a recorrer el sendero; si otra vez me encontrara en la encrucijada de los caminos y tuviera que elegir alguno; si por mágica virtud tornara ¡a juventud a mi ser, volvería a ser médico; volvería a dedicar mis entusiasmos de joven, mis energías de hombre maduro, mi entera capacidad, al servicio y al estudio de esa nuestra amada ciencia médica que ata, que liga y aún subyuga, y que constituye un perenne estímulo a la inteligencia por sus múltiples incógnitas; ciencia siempre en espléndido desarrollo y que dispone de un horizonte siempre abierto, eterno, infinito.*